

Strange Beauty

Pedro García abre su primera tienda en Madrid

Moderna, lujosa, extraña y acogedora. Ésta es la percepción cuando entras en la primera tienda de Pedro García. El local, situado en el callejón de Jorge Juan, un raro oasis peatonal en el barrio de Salamanca de Madrid, no es muy grande – apenas cincuenta metros cuadrados –, pero tras su brillante fachada negra se esconde un interior cuidadosamente concebido para “true fashionistas” por los belgas Koen Meersman y Kris Scheerlinck, socios del estudio Aubergine.

“Es el local perfecto, en una localización providencial y llega en el momento oportuno”, expone Pedro García cuando se le pregunta qué les ha llevado a abrir una tienda propia. Casi parece que la apertura del establecimiento se deba más a una propicia conjunción astral que a un plan largamente preconcebido. “Desde hace tiempo queríamos un espacio que nos permitiera posicionarnos en nuestro país y explicar nuestro producto al público”.

Así es: la tienda es un reflejo del universo Pedro García y lo explica perfectamente. Un interior que revisa y actualiza referencias clásicas, combinando la repetición de elementos industriales con la utilización de materiales muy nobles que se mezclan con componentes constructivos. Como en su calzado, el resultado de la “mélange explosif” es lujo cultivado y contemporáneo, para iniciados, al que sólo necesitas acostumbrarte unos minutos para convertirte en adicto.

El proyecto de interiorismo, en líneas generales, juega con la convivencia y densidad de las texturas. Una sorprendente pared, literalmente forrada de innumerables perfiles industriales lacados en negro, da el contrapunto de suntuosidad mecánica a otra, recubierta de una tradicional ornamentación en yeso labrado, originaria de las mansiones clásicas del norte de Escocia. Frente a ambas, un mural de espejos biselados irregulares amplía el espacio.

Como remate, el mobiliario y los volúmenes expositivos combinan el duro y texturizado OSB (Oriented Strand Board o tablero de partículas orientadas) – con el que también se ha cubierto el techo –, con el vidrio negro y el espejo. La calidez del proyecto se ha confiado al revestimiento del suelo, una espesa moqueta de lana negra, y al sistema de iluminación a base de focos redondos exentos que se disponen en espiga, como los despieces de los antiguos parques tradicionales.

El bisel, un acabado clásico que tradicionalmente remata el cristal, es una constante que da coherencia a todo el proyecto y ha sido utilizado no sólo en el vidrio o el espejo, sino incluso en el tosco OSB o las baldosas del baño. Tanto éste como el almacén, que visualmente forma parte de la tienda, se han tratado con el mismo cariño con el que se ha cuidado el resto del establecimiento.

El último detalle, el que concluye irrefutablemente el interior, son las siete sillas originales de los años 60 que encontró el reconocido interiorista de Amberes, Gert Voorjans y que se han conservado en su estado primigenio. Siete sillas que parecen haber sido construidas para encontrar su lugar definitivo medio siglo después.